

ENTRE CIENCIA Y ETICA

REFLEXIONES EN TORNO AL DERROTERO CONCEPTUAL DEL POSITIVISMO DE JOSÉ INGENIEROS

Pablo Nocera

Universidad de Buenos Aires
hcs1_nocera@yahoo.com.ar

Resumen (Abstract).- El escrito se propone seguir la evolución del pensamiento de José Ingenieros a lo largo de su producción teórica enfatizando ciertos corrimientos conceptuales localizables en distintos períodos. Sus núcleos fundamentales son analizados en el contexto filosófico del positivismo, mostrando, como los cursos de reflexión seguidos por el pensador argentino se hallan engarzados en la compleja convivencia entre ciencia y ética que caracteriza aquella tradición. A tal fin, sus trabajos se agrupan en tres grandes períodos donde se analiza la tensión comentada, cuya expresión se hace visible en su discurso a través de una pendulación que tiene como referentes polares tanto pretensiones científicas como intenciones éticas.

La sociologie n'a pas à prendre parti entre les grandes hypothèses qui divisent les métaphysiciens. Elle n'e pas plus à affirmer la liberté que le déterminisme. () Émile Durkheim*

0. Introducción

El positivismo americano que comprendió en sus inicios, las últimas tres décadas del siglo pasado, se ha plasmado más allá de los marcos de un mero discurso filosófico. El desborde ideológico de este movimiento, cimentó las ideas rectoras de ciertos grupos sociales y políticos progresistas –muchas veces de corte antihispanos- que cuestionaban al idealismo y al espiritualismo (filosófico y religioso) en sus diferentes versiones, con el objeto de plasmar una nueva perspectiva no especulativa donde el peso determinante se apoyase en la justificación "científica". A la par que otros países latinoamericanos, en la Argentina, la visión positivista ha desempeñado un papel hegemónico a consecuencia de sus habilidades para el diagnóstico de las realidades nacionales, como así también, por su inserción institucional en un período donde se intenta consolidar un proyecto de Estado y de nación.

Sin embargo, la trama del discurso positivista no se ha constituido necesariamente como una copia fiel y homogénea de las versiones europeas. (Soler, 1979:19; Terán, 1986:12) Por el contrario, habiendo configurado la matriz intelectual de gran parte de los pensadores argentinos entre 1880 y 1910, el positivismo argentino estuvo permeado por un variado conjunto de corrientes de ideas como el vitalismo, el intuicionismo o el decadentismo. Ese abigarrado manto donde también convivieron otras tradiciones, hizo del positivismo un intento discursivo que tenía por finalidad explicar por un lado, las consecuencias no deseadas del proceso de modernización que se estaba desarrollando, o lo que es lo mismo, los obstáculos que se interponían para un despliegue continuado de ese proyecto, como así también encarar reflexivamente el problema de la invención de la nación. La matriz spenceriana colaborará de manera formidable para la articulación de un análisis que recuesta sobre la diferencia racial, la justificación de los males que sufre América Latina y de los cuales es preciso librarse para evitar la frustración de la modernización. En un esquema fuertemente determinista, las variables biológicas, la lucha por la vida y la supervivencia del más apto, serán los enclaves teóricos en torno a los cuales se intentará comprender la convulsionada dinámica de los nacientes centros urbanos y en ellos la preocupante presencia de las multitudes, reforzada por los distintas oleadas inmigratorias. De ahí, la creciente y coherente importancia que asumirá la medicalización del discurso en el ideario positivista que tendrá por meta, poner fin a las "enfermedades" que se ciernen constantemente amenazando con corromper al "organismo social".

El pensamiento de Ingenieros se ubica a grandes rasgos en este contexto. Sin embargo, su obra no es pasible de ser encuadrada sin más dentro de estos marcos. Si bien es cierto, que encontramos lineamientos fundamentales que se extienden en gran parte de sus textos, también es cierto que sus posiciones teóricas y políticas han sufrido modificaciones que incluso es posible periodizar. No se trata aquí de evaluar la justeza o correspondencia de los límites que pudiesen fijarse para dar cuenta de estos desplazamientos conceptuales. Tal vez la dificultad más manifiesta que propone su obra—

porque no, la más interesante- es seguir el frecuente corrimiento conceptual de sus análisis. En este sentido, los trabajos de Oscar Terán al respecto, constituyen un aporte invaluable para la comprensión de la obra ingenieriana, no sólo por el tratamiento de conjunto que ha efectuado, sino por el mérito que supone haber recuperado en particular, la obra del joven Ingenieros, relegada frecuentemente tanto de sus exégesis como de publicaciones antológicas.

Las periodizaciones que fija Terán, sitúan la obra de Ingenieros en torno a cinco grandes períodos. El primero de ellos hace referencia a la década del '90 argentina, donde lo que prima en el joven pensador, es una matriz conceptual de cuño socialista-anarquista en la que su presencia se amolda a la figura del intelectual "rebelde" agrupado en torno de una práctica bohemia y modernista. El segundo se extiende en más de una década, entre 1898 y 1911, en cual Ingenieros, adopta un rígido perfil científico, darwiniano-spenceriano, cuyos diagnósticos se asocian con un fuerte determinismo de corte evolucionista y naturalista. Un tercer período intermedio, se sitúa entre 1911 y 1914 aproximadamente, donde sus textos evidencian el crecimiento, ahora si más perceptible, del costado eticista de su discurso a través del concepto de *ideal* y donde los escritos criminológicos comienzan a ser desplazados lentamente por el tratamiento de temas más filosóficos. Un cuarto período, entre 1914 y 1917, en el contexto de la Gran Guerra, demuestra la relativización del europeísmo. La centralidad de su discurso hace más notoria la relevancia de la constitución de la nación expresada en la búsqueda de un replanteo de sus orígenes fundacionales, en el cual la cultura y la moral comienzan a tener un estatus de importancia junto con los factores naturales y raciales. Finalmente, teniendo como contexto la Revolución Rusa y la Reforma Universitaria Argentina, su último período de producción teórica se caracteriza por un intento de atemperar sus supuestos biologists más duros en la que se (re)abre todo un abanico de categorías ético-morales.

El desplazamiento conceptual al que refiere Terán, refleja muy pormenorizadamente los derroteros categoriales que tejen su obra. A juicio de este autor, los virajes conceptuales de Ingenieros, tienen una fuerte relación con la coyuntura política y con la formación del campo intelectual argentino de la época, en el cual Ingenieros vivirá situaciones no poco amargas. Sin lugar a dudas, los fundamentos extradiscursivos, tienen una importancia central, a la hora de pensar y justificar las posiciones teóricas de un autor. No menospreciamos este ingrediente decisivo de cualquier curso de pensamiento. Sin embargo, creemos conveniente trabajar los corrimientos ingenierianos, de una manera diferente. Nosotros entendemos que sus desplazamientos conceptuales responden también en gran medida, a una lógica propiamente discursiva que cimienta el prisma positivista. En otras palabras, lo que vemos en Ingenieros, es una "pendulación" permanente entre categorías que intentan mitigar una tensión ineludible en el positivismo, como es el conflictivo maridaje entre ciencia y ética. Decimos "pendulación" porque, e incluso como el mismo Terán lo reconoce, un núcleo conceptual más duro enraizado con el científicismo convive con otro de intenciones eticistas. Esta convivencia alterna su protagonismo por la fuerza con que predomina en cada período uno u otro espacio conceptual, pero que al fin de cuentas no elude la tensión existente, sino que parece disolverla o disiparla solamente en el plano verbal.

Si bien las mutaciones terminológicas se hacen claramente perceptibles recorriendo su obra, lo cierto es que también se encuentran núcleos temáticos que permanecen invariables a lo largo de su producción. También en ellos repararemos. Somos conscientes de las dificultades que entrañan las lecturas que pretenden homogeneizar la diversidad en toda la producción de un autor. (Agosti, 1975) (1) Las advertencias que Althusser hiciera allá por los años '60 para la lectura de Marx también podrían aplicarse en este caso. No es aconsejable evaluar la obra de un autor extendiendo en perspectiva a todo el resto de su obra, las intenciones iniciales con que da forma y cuerpo a sus escritos juveniles, como si desde allí se pudiese presentir claramente el curso de su producción. Tampoco es recomendable lo contrario: someter desde el prisma de sus últimas reflexiones todo el curso de su obra intentando respaldar una coherencia muchas veces no reconocible. (Damis, 1985)

Inicialmente, reseñamos los términos en que se experimenta la tensión entre ciencia y ética en el discurso positivista, para luego trabajar de manera específica el caso de Ingenieros. A los fines de poder analizar la susodicha tensión tomaremos tres grandes períodos en su obra, que tentativamente podríamos fijar cronológicamente entre estos límites: (a) el que se extiende en la década del '90 hasta 1898, (b) el que se halla entre 1898 y 1912/13 y (c) el que se ubica entre 1913 hasta sus últimos días. Los límites de este trabajo no nos permiten realizar un seguimiento minucioso de toda la obra de Ingenieros. Sin embargo, esta división que proponemos colabora en desagregar el protagonismo que adquieren los términos empleados en su matriz conceptual de acuerdo con cada período, a la vez que evaluar comparativamente la oscilación permanente entre el costado científicista y eticista de su pensamiento.

1. Ciencia y ética en el discurso positivista

El pensamiento positivista surgido en buena medida del enfrentamiento con la especulación metafísica, se halla motorizado por una tensión particular. En el afán de rescatar sus pretensiones de objetividad y neutralidad, avales indiscutibles de la justificación científica, se opone de manera contundente a la pretendida arbitrariedad del pensamiento metafísico. Así, a partir de la presuposición de transparencia en que se muestra la realidad, este discurso sostiene tanto la posibilidad de captar su dinamismo interno como la posibilidad de poder enunciar su funcionamiento en términos de una legalidad absoluta. A fin de cuentas, a la par que suprime la metafísica del "espíritu", erige un edificio de similares características que tiene como centro a la "materia".

El correlato ético de esta tensión se traduce en la homologación del *factum* como *fatum*, en tanto que se reconoce la creencia de lo dado, como destino. En cierta medida, esta operación revela la disminución de los actos prácticos de la voluntad a meras manifestaciones epifenomenales de lo biológico. En consecuencia, el tratamiento científico del hecho moral y político se troca en la negación de toda especificidad de aquello que se pretende explicar. En otras palabras, el positivismo no logra conformar un cuerpo categorial de lo ético que registre las condiciones de posibilidad, como diferentes y autónomas a las del mundo natural. Las fines supuestamente no especulativos de su reflexión, allanan toda la realidad a partir de homogeneizarla en un substrato ontológico de corte "materialista" en la que todos los fenómenos prácticos son portadores de una instancia esencial equiparable con los fenómenos naturales.

A primera vista, el positivismo (en las diferentes versiones que se dieron cita en el siglo XIX) no reconoce una lógica específica para analizar lo moral y lo político. Sin embargo, y a pesar de la extensión de la matriz naturalista a todas las esferas, la ética tiene un espacio reservado dentro del sistema. "Semejante extensión de la ciudadanía naturalista a la voluntad práctica y el consiguiente reconocimiento de su personalidad generan una situación teórica conflictiva, que revela cómo la conciliación entre determinismo y libertad es puramente verbal."(Dotti, 1990: 57)

Veamos las cosas más en detalle. En tanto lo propio del ejercicio de la voluntad es la *decisión*, esta dimensión supone la apertura a un espacio discursivo que es completamente disímil con cualquier fundamentación que se inscriba en una cadena causalista que opere como circunstancias condicionantes. Este modelo de explicación es insuficiente. Desde el momento en que el determinismo (en su faz biológica, psicológica o económica) anula lo específico del hecho moral o político, "sutura indebidamente la herida que la modernidad ha infligido a la mentalidad tradicional con la distinción entre el *ser* y el *deber ser*."(Dotti,1990:58) De esta forma, mientras que el universo de explicaciones deterministas atañe al ámbito de la descripción (en tanto que sus juicios, pueden ser catalogados de verdaderos o falsos) a la esfera de la voluntad práctica le concierne otro tipo de labor. Su característica es la prescripción de normas a partir de la decisión de ciertos valores. Este es el nivel propio de lo ético, que permite dar existencia a la dinámica del mandato / obediencia (del individuo para sí mismo –la moral –o con respecto a los demás –la política-) que funciona en cierta forma, como realidad no pasible de ser explicada por algún reduccionismo fiscalista o economicista.

Esta discrepancia del mundo práctico con respecto al sistema causalista, supone un red categorial autónoma cuyos términos clave son las nociones de *decisión*, *consenso* y *soberanía* (con toda su trama de derivaciones). Este cuerpo categorial sirve como fundamento de posibilidad de la constitución de la realidad práctica y, en consecuencia, como conjunto de criterios para la evaluación de la moralidad y politicidad tanto de los juicios (normas de conducta) como de las acciones (conductas) que conforman dicha realidad. En otras palabras, lo que nos permite es juzgar axiológicamente (no gnoseológicamente) las tomas de posición, los conflictos, las decisiones morales y políticas. (Dotti, 1990:58)

A pesar de la complejidad de esta realidad, cuya genealogía en los textos clásicos no es posible rastrear en los marcos de este trabajo, lo que nos interesa recalcar es que el positivismo cuando reconoce el hecho práctico en su pretendida autonomía y pretende explicarlo "científicamente", rechazando al mismo tiempo cualquier discurso que no sea reflejo de la legalidad ineludible del universo, no puede evitar la tensión entre los polos *ciencia* y *ética* y arribar en consecuencia a una mera componenda verbal. En otras palabras, cuando acepta la peculiaridad de los ideales éticos y simultáneamente la predeterminación fiscalista de todo acontecimiento práctico, su lógica discursiva se cierra en torno a expresiones del tipo "el factor que en última instancia...", "libertad como conciencia de la necesidad", etc.

Sin embargo, ese vehemente apego explicativo a una ontología materialista, eventualmente no metafísica (como sería la del "espíritu") se vuelve contra sí generando consecuencias similares al discurso del cual se pretende distanciarse. De la misma forma que sus adversarios, el positivista termina explicando las conductas morales y políticas efectivas como derivaciones de una naturaleza esencial (ya sea humana u orgánica en términos generales) caracterizada por un campo de fuerzas que poseen un signo contrario. Como afirma Habermas "El positivismo no polemiza con la metafísica, se limita a dejarla sin suelo, pretendiendo que las proposiciones metafísicas no tienen sentido, y «dejando caer en desuso» los teoremas que de ella permanecen. Sin embargo el positivismo sólo puede expresarse a sí mismo a través de conceptos metafísicos. Pero al dejarlos de lado sin abordarlos reflexivamente estos conservan su poder sustancial incluso contra su enemigo". (Habermas, 1990:86-87)

Estos impulsos básicos (como pueden ser "placer / displacer") envuelven como fundamento ontológico y en el juego de sus oposiciones, toda la gama de sus posiciones ulteriores, sin que ninguna de estas pueda contradecir tal condicionamiento. Tanto las conductas como las normas respectivas son conducidas por tales fuerzas "naturales" en el decurso de su enfrentamiento o interacción. Finalmente, siempre es factible encontrar cualquier hecho moral o político como derivable de una instancia biológica que lo explica.

En cierta forma, el corpus positivista localiza en su interior la coexistencia conflictiva de un polo que intenta ser descriptivo (científico, neutral, desdogmatizado) y un polo prescriptivo en armonía con el primero, sobre la base de una legalidad universal (ya sea cósmico o biológica). Pero más allá de todos los esfuerzos conciliatorios que entre ellos se intenta buscar, la articulación de estos polos no refleja otra cosa que la tensión entre ser y deber ser. A pesar de sus pretensiones de armonía y cierre, el positivismo alimenta en su interior un conflicto que tal vez proponga su costado más fascinante. En otras palabras, lo que este paradigma habilita en su interior, es una convivencia entre un cuerpo científicista y un alma idealista.

En los términos de esta convivencia es que nosotros podemos hablar particularmente de una pendulación más que de un desplazamiento conceptual en la obra de Ingenieros. Es lógico aclarar que la idea de oscilación, por supuesto supone la de desplazamiento, sin embargo, al introducir la imagen del vaivén, intentamos demostrar que los cambios conceptuales no suponen una superación o supresión de esquemas interpretativos anteriores, sino que reflejan en buena medida, los avatares de esta tensión que comentamos y cuya resolución parece problemática en términos lógicos. Veamos pues, como se plasma esta lectura en la red conceptual del autor y si hay intersticios para (re)abrir otra lectura en su prosa.

2. El joven Ingenieros: 1890-1898

A partir de su primer escrito significativo *¿Qué es el socialismo?* y los artículos de *La Montaña*, nos acercamos al marco categorial que traza el sustento del ideario del joven Ingenieros. En ellos, como afirma Terán, cobrará fundamental importancia, la problemática que gira en torno a la cuestión social. El eje rector de los análisis de este período, es la visión del capitalismo entendido como un orden negativo. Teniendo como blanco la crisis que atraviesa tanto el plano local como el internacional, Ingenieros desata una contundente crítica en términos moralistas contra las consecuencias más funestas de este sistema. Afirma: "¿Por qué hay gentes que siempre trabajan y otras que sin cesar gozan? El capital ¿por qué va a manos de los que nada producen? Siempre contradicción y anomalía. Los economistas han escrito que es necesario respetar el trabajo y los productos del trabajo. ¿Y no son acaso esos productos del trabajo que nosotros estamos obligados a mirar de lejos sin tener, siendo los productores, participación en ellos?"(Ingenieros, 1979a:126)

El término que opera como eje del análisis es el de producción. En torno a él y a su opuesto se definen los pares moralidad / inmoralidad. En efecto, el carácter parasitario – es decir no productivo- definirá la negatividad de la estructura de clases que soporta al capitalismo. "Desigualdad de condiciones existentes ante los medios de producción entre dos clases sociales; la una de trabajadores que produce y no consume más que una parte de sus productos, y la otra de parásitos que, dueña de la actual organización política y económica, nada produce y consume lo producido por la de los trabajadores"(Ingenieros,1979a:127) Esta polarización de clases entre una que es productora y otra que es parasitaria, trae aparejada la degeneración de la segunda, haciendo extensivas sus consecuencias al plano político. También aquí la noción de parasitismo pone al descubierto otra dimensión cuyo origen extraeconómico alteraría la normalidad de las "esencias naturales". En la violencia fundante en la "que un hombre se apropió de indebidamente de lo que otros hombres necesitaban, sin más derecho que su arbitrario albedrío, nació el antagonismo y con él se dividió la sociedad en clases."(Ingenieros,1979a:128)

En este contexto surge también otro par conceptual que se entronca con el mencionado, motorizando el discurso en torno a la cuestión social. Nos referimos concretamente a los conceptos "evolución / revolución" que se expresan como momentos de un mismo proceso: la revolución es el "período final y crítico de la evolución ya realizada".(Ingenieros,1979a:148) En el marco de este diagnóstico, la forma capitalista de producción impulsa un proceso negativo donde las masas se hayan bloqueadas en su acceso a una conciencia revolucionaria, razón por la cual no puede recaer en ellas la misión de una transformación de las condiciones existentes. El mismo proceso de degeneración que viven las clases burguesas, hace extensivo su mal al confinar a la ignorancia a la masa de desposeídos. Serán por el contrario, ciertas minorías selectas las encargadas de librar el papel fundamental como movilizadoras de conciencias. Es el desempeño de las minorías activas el que "pone luego en condiciones de influir directamente sobre la marcha de los gobiernos poniendo en jaque a los conservadores de todas las escuelas"(Ingenieros,1979a:160) Sin duda, estos conceptos guardan una estrecha relación con el pensamiento socialista y de cuño anarquista que imperaban en la época. Pero también es necesario recalcar las vetas positivistas que filtraron no sólo las visiones de derecha, sino también las de izquierda, cuya exposición quedó puesta de manifiesto en las disputas de la II Internacional marxista.

A pesar de su perfil voluntarista con ribetes anarquistas, su pensamiento –sobre todo hacia fines de la década—no escapa a la mirada que estructura un prisma naturalista y evolucionista. Este primer universo discursivo ingenieriano, pone en evidencia un hilo de pensamiento que se enraíza en lo profundo –aunque más tenuemente que en sus posteriores trabajos—con cierta perspectiva naturalista de corte positivista que fijando los cánones de normalidad, reconoce al capitalismo como un sistema condenable. En cierta forma, lo que acontece es que el capitalismo, en tanto forma de organización productiva artificial conspira contra las leyes naturales, oponiéndose justamente por esta razón a la

supremacía del más apto. En el capitalismo no impera la natural selección de los mejor dotados, sino otra de origen artificial que se respalda en la lógica del propio sistema, apoyada en el poder y la riqueza. "Lo que actualmente se realiza es única y exclusivamente una selección artificial, ya que la selección natural puede solamente efectuarse entre individuos que tengan iguales medios de acción"(Ingenieros,1979a:135) Asimismo: "En tales condiciones ¿quién puede imaginar una verdadera selección natural con la *supervivencia de los más aptos*?" (Ingenieros,1979a:139 subrayado original)

En algunos números de *La Montaña* el pensamiento de Ingenieros expone de forma más fácilmente perceptible la preponderancia que comienza a tener la faz determinista de su positivismo, como así también el protagonismo de un esquema conceptual mucho más apegado al darwinismo social. "La bondad o superioridad de ciertas condiciones, aptitudes o cosas, está evidenciada por la costumbre hereditaria de imitarlas y por la moderna de falsificarlas.[...] La una no perjudica al imitado; en muchos casos —y la selección natural lo demuestra—la imitación (homocromía, mimestismo, etc) es condición esencial del triunfo en la lucha por la vida" (Ingenieros, 1897)

Lo dicho hasta aquí habilita una primera reflexión. Si bien todavía no hallamos un núcleo conceptual biólogo fuerte como el que habrá de imperar en sus textos posteriores, Ingenieros expone en estos primeros trabajos la prefiguración de la tensión entre ciencia y ética que hemos comentado. Por un lado, la categoría de parasitismo entendido como inmoralidad, pone el acento indirectamente en lo económico como criterio rector del ideal social en el cual, el curso natural de la producción de la sociedad no debería verse interrumpido por ninguna degeneración (parasitismo) que termine por alterar el "sabio" proceso de selección que describe la naturaleza. Aunque todavía no justificado con la misma contundencia que en sus obras posteriores, el fundamento fiscalista de la moral ingenieriana en este período, se perfila como correlato del inexorable curso de la legalidad natural. El carácter inmoral del capitalismo reside en que impide "el libre y completo desenvolvimiento de las aptitudes" cayendo en contradicción con "las leyes naturales que la ciencia ha comprobado." (Ingenieros,1979a:135)

Aún en estos primeros trabajos, encontramos —expresadas en formulaciones no tan acabadas como en sus futuros ensayos—una imagen de la ciencia como disciplina sólida que respeta la objetividad. Esta mirada científica se apoya en una realidad tangible que está allí, incontaminada de distorsiones subjetivas y que se erige, por eso mismo, como tribunal último e irrecusable de toda teoría. El juicio moral (en esta matriz, parasitismo / producción) no tiene una especificidad propia y vemos como se halla sujeto en cierta forma a los condicionamientos del legalismo naturalista. Sin embargo, en este mismo juicio convive un proyecto futuro de transformación. La imagen del *ideal* plantea una contrapartida a los males que aquejan a la época industrial: "La lucha se acalora; entran en ella todos, sin excepción, los genios del saber humano, y las armas por ambas partes que se perfeccionan, asegurando que de esa lucha en contra de la fe contra la ciencia, del egoísmo contra la fraternidad, surgirá radiante de paz y de progreso el Ideal que para siempre asegure el triunfo de la justicia." (Ingenieros,1979a:171) Con todo, el concepto de ideal que se plasma a través del significante revolución, no constituye una dimensión autónoma del juicio moral, por el contrario es sólo parte integrante de la cadena evolutiva. "La evolución, es pues la transformación lenta y natural de un orden de cosas dado en otro, que es el resultado de su organización y suele ser a su vez causa de una evolución posterior.[...] Platónico es suponer que un cambio radical en las instituciones pueda realizarse por una rebelión localizada, por un movimiento prematuro o por un golpe de Estado".(Ingenieros,1979a:147)

3. La 'sociología científica' de Ingenieros: 1898-1911

En este período se hace explícita la interiorización de nuevos núcleos conceptuales que lo contactan directamente con el discurso darwinista y evolucionista. Los pilares temáticos que a grandes rasgos alimentan sus obras en esta etapa son: una nueva noción de parasitismo, la medicalización del diagnóstico social, el fenómeno de las multitudes, la lucha por la vida, el determinismo biológico y económico y las distinciones raciales.

En primer lugar, con el texto "*De la barbarie al capitalismo*" (1898) asistimos a una revalorización de la forma capitalista de producción, en la que la reflexión ya no se instituye en términos de una condena global de dicho orden productivo, sino más bien en términos de su clasificación. En otras palabras, la noción de *parasitismo* opera en este contexto como un criterio distintivo entre dos formas diferenciadas de desarrollo del mismo. "Una nación parásita está, colectivamente, más degenerada que una clase parásita, que a su vez lo está más que un individuo parásito, ya pertenezca al tipo propietario o al político, al sexual o al depredador. España no dio nada a su América. [en cambio] Inglaterra sometió al Norte a un sistema de explotación inteligente y progresista, mientras que España explotó el Sur con sistemas retrógrados y brutales" (Ingenieros, 1979b: 185-186)

El propio curso del desarrollo capitalista generaría efectos mórbidos cuyas consecuencias palpables se harían perceptibles en un diverso mapeo de degeneraciones habitualmente vinculado con la criminalidad. De esta forma, asistimos a una variación de importancia en el prisma analítico. El carácter negativo (mórbido) ya no sería una característica negativa inherente al sistema, sino tan sólo una degeneración que es pasible de ser localizada y suprimida. Reformas sociales de por medio, las transformaciones graduales se irían sucediendo teniendo como sendero el "exacto conocimiento de las leyes sociológicas que podrán señalarle a América Latina un derrotero luminoso en sus venideras evoluciones económicas, políticas y jurídicas ." (Ingenieros, 1979c: 197-198) De la mano de un discurso que intenta reflejar la transparencia objetiva de una realidad que trasuntan los hechos, las categorías deterministas comienzan a hacerse cada vez más reconocibles y a adquirir un peso inexorable como fondo de justificación.

El particular encuentro de las aristas evolucionistas y naturalistas de corte spenceriana con las nociones de un marxismo interpretado en férreos esquemas economicistas, producirán el sostén principal de un *bioeconomismo* (2) que actuará como un rígido referente de determinaciones del desarrollo social. De esta forma, la díada *raza y medio* constituyen las nociones capitales de sus análisis: "El estudio del hombre en sus fenómenos más evolucionados, es decir en su psicología individual y social, es necesariamente posterior al estudio de los fenómenos físicos y biológicos que producen su génesis y sus transformaciones. [...] Las concepciones de la historia han sido falsas durante muchos siglos, no advirtiéndose que ella debía consignar simplemente la evolución de una especie animal en un ambiente propicio a su existencia y reproducción." (Ingenieros, 1979d:206)

En este contexto se presenta en toda su contundencia el núcleo más duro de su determinismo biológico de la mano del famoso principio de la lucha por la vida y la supervivencia del más apto. Tanto es así que reconoce vívidamente "En las condiciones naturales de existencia se encuentra la causa principal, sino única, del fenómeno de la lucha que domina toda la escala de los seres orgánicos: vegetales y animales. Hay lucha entre las especies, entre los grupos y entre los individuos; la lucha es una ley biológica y es el factor preponderante de la selección." (Ingenieros, 1979c:191) La objetividad del sustrato causalista-naturalista del discurso, hace de la pura facticidad, el control infalible contra cualquier especulación que no adhiere a los hechos, y la biología constituye la disciplina que liberándose de los resabios metafísicos, ha logrado esclarecer el riguroso determinismo que preside todo cuanto sucede en mundo orgánico.

Nuevamente aquí encontramos la misma operación por la que se subsume el mundo práctico, al epifenómeno biológico. Permítasenos citar *in extenso*: "[...] la interpretación biológica de la evolución humana es más legítima que las diversas interpretaciones teológicas y literarias de la historia. Lleva a considerarla como un conjunto de fenómenos encadenados por inevitables relaciones de causalidad y no por finalidades independientes de la vida social misma. Cada hecho tiene factores determinantes que no podría haber dejado de producirlo y, a su vez, determina inevitablemente otros hechos sociales, que deben ser estudiados como manifestaciones de la evolución biológica que se opera en la superficie del planeta que habitamos; las especies vivas, entre otras funciones, han adquirido las indispensables para la adaptación al medio, alcanzando en la especie humana su mayor desenvolvimiento colectivo. Es tan vano pretender investigar

trascendentalidades metafísicas en la evolución humana, como dar participación al azar o a un fin en la formación de las sociedades." (Ingenieros, 1911:144) Resquebrajadas todas las trabazones dogmáticas, la ciencia (la biología y la sociología como desprendimiento de ella) ha enunciado las leyes que logran explicar la totalidad de la serie evolutiva orgánica, de la cual la vida del hombre en todas sus facetas no es más que un momento, desprovisto de una dinámica realmente específica.

De manera coherente, el registro biologicista fagocita también el hecho moral, el cual queda reducido a una mera extensión de la sucesión que surge del impulso primario de adaptación al ambiente. En consecuencia, la ciencia aporta un criterio último e irrevocable que funciona como fundamento del juicio ético: nada puede escapar, ningún tipo de organismo —ya sea individual o colectivo— a la lógica de este dinamismo vitalista. En estos términos, es comprensible pensar que a partir de la extensión de una oposición básica primaria (por ejemplo acción-reacción ó influjo externo-mutación adaptativa) se puede llegar a juicios de valor y luego a normas o reglas morales. "El bien y el mal son movedizas sombras chinescas que los fenómenos reales proyectan en nuestra personalidad social: son la calificación social de fenómenos indiferentes en sí mismos." (Ingenieros, 1911, en Dotti, 1990:70)

Si la temática sociológica se apoya en este férreo determinismo, se comprende el porqué del protagonismo que cobra la cuadrícula médica como prisma de acercamiento al tejido social. En tanto la preocupación gira ahora en torno a los fenómenos mórbidos, el registro médico (normalidad / patología) establece el referente conceptual que guía el diagnóstico científico. "Aprendiendo a meditar sobre las inquietudes del cuerpo se adiestran los médicos para sondear las del espíritu; el misterio de la enfermedad que tortura la entraña lleva a la contemplación del vicio que mina la sociedad." (Ingenieros, 1961a:418)

Así en el contexto de los pasajes conceptuales que comentamos, la cuestión social— a diferencia del período anterior— pasa a ser el indicio de un malestar que es necesario detectar para controlar. De allí, la importancia de las ciencias sociales como registro teórico de dicha problemática, en la que como cuerpo de saberes normativos custodia los cánones de orden y progreso. En esa labor, el reconocimiento y separación de los núcleos patológicos opera como meta fundamental. "La connotación determinista de su sistema lo pone al abrigo de pretendidos juicios morales[...] Estamos en presencia del momento teórico de Ingenieros en donde su sistema permanece más alejado de nociones eticistas. Este relativo `amoralismo' coincide con el momento más científicista del mismo." (Terán, 1979:48)

Sin lugar a dudas, el caldo de cultivo de los fenómenos mórbidos se halla en estrecho parentesco con la presencia creciente y acuciante de las multitudes, cuyas manifestaciones se hallan exacerbadas como consecuencia del fenómeno inmigratorio. Como espacio social heterogéneo, las masas constituyen un ambiente de confusión y de contagio que demanda un cuidadoso diagnóstico en el que la clasificación, diferenciación y disección son los dispositivos conceptuales que articulan su tratamiento desde el punto de vista `científico'. La herencia del pensamiento francés (Le Bon y Taine en particular) apropiado en la Argentina en gran medida gracias a los trabajos de Ramos Mejía, se hace presente junto con un ensamblaje peculiar de otras disciplinas que contribuyen en formar un parapeto discursivo que tiene por finalidad poner límites a los efectos políticamente disruptivos con que amenazan estas muchedumbres heteróclitas. De esta forma, en una tríada que conforman la sociología, la sicopatología y la criminología se instrumenta un programa con intenciones profilácticas, que tiene como enemigos a la delincuencia, la locura y la simulación.(3)

Recapitulando, lo que tenemos es que la *biosociología* de Ingenieros en este período, enfatiza una absoluta continuidad evolutiva entre los diversos factores en juego, de forma tal que en una estricta filogenia, establece un *continuum* de desarrollo desde los fenómenos biológicos a los económicos y sociales. Por tanto, la sociología y el derecho penal son, entonces, el producto desarrollado de las ciencias naturales, y en las leyes de la naturaleza encuentran el sustrato para afirmar la compacta unidad de esos diversos factores que cobran parte en la génesis del delito. Tanto las sociedades, como sus

instituciones evolucionan de la misma forma que las especies vivas, desarrollando funciones colectivas adaptadas a las condiciones de la vida relativas al medio ambiente. La función de defensa, por consiguiente, tiende a socializarse y a organizarse en instituciones colectivas destinadas a la conservación del grupo. Justamente allí reside el fundamento de la penalidad y no en "intangibles principios éticos o jurídicos", sino en "instituciones destinadas a sistematizar la defensa colectiva contra los individuos inadaptados a vivir en sociedad." (Ingenieros, 1913:17-19)

La existencia vital se convierte en mucho más que un objeto de conocimiento y deviene en supremo valor que da forma a ese mito unitario en el que disuelven todas las diferencias. Como afirma Vezzetti: "no sólo la ley deriva del desarrollo de la vida, sino que no tiene otra función que defender su soberanía: todo delito, sea contra las personas o contra la propiedad, es un atentado contra esa figura máxima, esa verdadera divinidad pagana de cuyo despliegue debe esperarse todo." (Vezzetti, 1985:172) Es lógico que Ingenieros pueda afirmar en consecuencia que "el Contrato social está amortajado", en tanto para esta exaltación de la vida y sus irrecusables regulaciones, en la medida en que el fundamento clásico del contractualismo postulaba, por el contrario, la soberanía de la ley sobre la naturaleza.

El determinismo estricto del esquema presentado no le impide a Ingenieros considerar nuevamente y a pesar de todo, la noción de "ideal". Sin existir a su criterio, aparente ruptura con el legalismo naturalista que encuadra su sociología, el "ideal" trabaja como una previsión científica del futuro ante potenciales modificaciones del medio. "Un ideal es una hipótesis que prevé y anticipa los datos de la experiencia"(Ingenieros, 1911:278) En este nivel se vuelven a conjugar dos núcleos temáticos centrales: por una lado el papel de aval que juega el discurso científico y por el otro el siempre reclamado protagonismo de las minorías intelectuales.

En primer lugar, el potencial anticipatorio que describe el ideal, actúa como un espacio cognitivo que hace viable el reconocimiento del curso de la evolución. Aunque la dinámica general del cambio es fijada por las acciones desencadenadas en las variaciones del medio, existe un espacio temporal anticipatorio donde se avizora el decurso del proceso evolutivo. Allí es justamente donde la mirada entrenada por los saberes explota las ventajas de la imaginación fundada en la experiencia (definición de *ideal*). Sobre el 'sano' y 'firme' respaldo de la ciencia, la experiencia puede hacerse inteligible a los fines de clarificar un rumbo futuro en los acontecimientos. Pero cuidado, serán sólo un reducido número de individuos los facultados para ejercitar estas prácticas. "La cuestión social y sus soluciones son problemas científicos inaccesibles a los ignorantes, sean ricos o pobres, católicos y anarquistas. La ciencia es demasiado aristocrática, exige un poder de comprensión que suele faltar en las mentes incultas." (Ingenieros, 1961b:389)

La confluencia de todas las dimensiones comentadas colaboró en solidificar un proyecto de construcción de una nación moderna, en los términos que Terán describe como "integrada al mercado y a la cultura capitalistas, como garante de una evolución pacífica hacia formas superiores de progreso, según modelos básicamente brindados por los países capitalistas avanzados de Europa."(Terán,1979:45) La mirada socio-darwinista construye así los pilares de la sociedad ajustada a los cánones modernos, en cuya edificación las "razas inferiores" quedan expulsadas como consecuencia del proceso de selección operado por la naturaleza.

El *racionalismo* (4) de Ingenieros es otra de las aristas que integran la formación discursiva de este período delimitando así un ámbito de segregación y otro de integración, que es nada más y nada menos que la retraducción de las duplas conceptuales salud / enfermedad o normalidad / patología. En síntesis, la violencia, la locura, la criminalidad y la simulación se nuclean en torno a la idea de degeneración (parasitismo o improductividad) diagnóstico desde el cual se pueden fijar los lineamientos de reformas posibles que intentan alcanzar en el mediano plazo, un grado más alto de desarrollo, de civilización, de acumulación material y de cultura. No obstante, el pluriverso conceptual ingenieriano no se estabiliza en los márgenes del discurso de este período. Por el contrario comienza nuevamente un lento corrimiento que lo acercará nuevamente a parte

de las aseveraciones morales de sus trabajos de juventud.

4. El moralismo en el último Ingenieros

La preeminencia del costado éticista del positivismo de Ingenieros comienza a prevalecer más notoriamente a partir de 1913 con la aparición de "*El hombre mediocre*". Basándose en la dicotomía imitación-creación se definirá la clasificación entre el individuo exponente del tipo común y aquel que se define por su carácter de portador de cierto tipo de ideales. En un esquema similar al planteado en "*Principios de Psicología*", Ingenieros sostiene que el 'verdadero' idealismo debe apoyarse en un sustentáculo experiencial. "No es arriesgado pensar que en la ética verdadera florecerá un idealismo moral, independiente de dogmas religiosos y de apriorismos metafísicos: los ideales de perfección, fundados en la experiencia social y evolutivos como ella misma, constituirán la íntima trabazón de una doctrina de la perfectibilidad indefinida, propicia a todas las posibilidades de enaltecimiento humano." (Ingenieros, 1979e:274)

Sin embargo, este desplazamiento más marcado hacia un espacio de afirmaciones de mayor contenido moral, no implica una pretensión uniformadora en torno a la figura excelsa del individuo creativo al que todos los sujetos deberían aspirar sin más. Ingenieros no estima conveniente una supresión generalizada de la mediocridad debido a que contradice los postulados de su propio organicismo. La eliminación del mediocre, supondría pues una equiparación que inhabilita el mismo progreso social que es consecuencia de la diferenciación, en última instancia precondition necesaria del proceso de selección. La demostración reside en que la misma "naturaleza se opone a toda nivelación, viendo en la igualdad la muerte"(Ingenieros, 1979e:274) y en el hecho de que nuestra propia especie ha surgido de la continua selección de los más aptos.

En los términos en que se presenta la enunciación del concepto de ideal, vemos como en este período la tensión entre la faz descriptiva y la faz prescriptiva se rigidiza más a consecuencia de la remisión constante de la segunda a la primera. Aún el terreno del ideal –imagen característica del deber ser—es interpelado como reflejo cognitivo (anticipatorio) de un desarrollo inexorable del tiempo presente, que en el decurso del proceso evolutivo, confirmará lo que nuestra experiencia en parte nos anticipa. La imposibilidad hasta el momento, de concebir una dimensión por fuera del marco fiscalista que permita explicar el mundo práctico, parece obligar a Ingenieros a recrear los términos de una oscilación conceptual constante que enfatiza por momentos un determinismo ciego, y por otros un costado idealista que busca instituirse como fin a seguir.

La problemática moral cobrará importancia también años más tarde en las lecciones dictadas en la cátedra de Ética la Facultad de Filosofía y Letras en 1917. Conocido luego en forma de texto con el título "*Hacia una moral sin dogmas*" Ingenieros vuelve volcarse hacia enunciados morales, no ya del tipo de individualista como en el caso de "*El hombre mediocre*", sino en términos de una ética social en la que "la noción de deber se convierte en una noción social." (Ingenieros, 1961c: 206-211) Aquí vuelve a cobrar protagonismo la noción de *solidaridad* que nuestro autor había utilizado en parte de sus textos de juventud. La revitalización de las categorías moralistas provocan un cierto relativismo de las categorías socio-darwinistas a punto tal que podemos hallar sentencias como esta: "solidaridad, pues: la asociación en la lucha por la vida reemplazando el pesimismo individualista de Hobbes." (Ingenieros, 1961c: 209)

Sin lugar a dudas, mucho de la acuciante realidad internacional en el marco de la guerra tuvo influencia en el itinerario que recorre la pluma de Ingenieros en estos años. La complejidad de la escena ingenieriana no es menor, y su dificultosa aprehensión se corresponde con ese complejo lugar donde se yuxtaponen intenciones del discurso con la lógica inherente que lo sostiene. Nosotros consideramos que esa lógica se halla atravesada por una tensión que aunque no problematizada por el autor, hace resonar sus inconsistencias. ¿De qué otra forma explicar entonces la compleja coexistencia de una filosofía científica de la experiencia, con una fuga ética parcial aunque constante a través del "ideal", sostenido en apoyaturas naturalistas, biologicistas y evolucionistas?

Este interrogante quizá no halle respuesta en estas reflexiones. Sin embargo, los escritos filosóficos que produce Ingenieros hacia fines de la década de 1910 introducen un nuevo espacio conceptual muy sugerente. En sus "*Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*", Ingenieros aborda de forma llamativa la temática de lo inexistencial permitiendo reconocer afirmaciones que relativizan el núcleo más duro del *corpus* positivista. En la proposición X encontramos: "Los ideales humanos son hipótesis inexistenciales condicionadas por la experiencia y varían en función del medio existencial. Su valor para el hombre depende de su legitimidad. Son más legítimos los que concuerdan con el devenir de la experiencia, anticipándose hipotéticamente a lo que será la realidad existencial en el porvenir." (Ingenieros, 1979f:433) A pesar de que todavía es perceptible la sujeción a la experiencia, el concepto de legitimidad inaugura una apertura en el discurso en el que la no remisión a los hechos no constituye necesariamente un factor de eliminación o supresión de las aseveraciones sobre el mundo práctico. Si bien no estamos en condiciones de reconocer claramente un espacio autónomo para los juicios morales, el rígido y férreo determinismo biologicista parece estar ciertamente disminuido.

Asimismo y respaldando este corrimiento, en 1922, en su ensayo sobre la filosofía de Boutroux, su relativización de los postulados positivistas se hace más evidente. Rememorando la ruptura de los viejos esquemas metafísicos por parte del positivismo, Ingenieros reconoce que la crítica del mismo "por las escuelas espiritualistas evidenció la legitimidad de formular hipótesis metafísicas sobre problemas que no son accesibles a la experiencia[...]" (Ingenieros, 1923:40) Del mismo modo, ese año en una carta a Zérega Fomona rechaza el papel "de portavoz del positivismo, que estuvo de moda cuando yo era niño y que siempre he considerado filosóficamente insuficiente." (citado en Terán, 1979:104)

La presencia de enunciados morales del discurso de Ingenieros se hace por lejos más evidente en este período y es de la mano de este nuevo protagonismo que recobra su discurso, que se hacen extensivos sus reparos hacia formulaciones del positivismo anteriormente convalidadas. De ahora en más, los ideales morales, imaginación de por medio, formarán parte de las hipótesis metafísicas, convirtiéndose en modelos de perfectibilidad. Estos ideales no son universales, sino que se determinan específicamente según casos individuales, nacionales, raciales, etc. "El valor de los ideales, como hipótesis de perfectibilidad, es muy diverso, pero es la ulterior experiencia y sólo ella quien decide sobre su legitimidad en cada tiempo y lugar" (Ingenieros, 1992:91) Tampoco son entidades abstractas, sino que se convierten con su aceptación social en fuerzas morales que tiene por objeto a núcleos sociales concretos. La juventud es el destinatario 'natural' del discurso moral de Ingenieros en tanto constituye un sector generacional libre "del pasado que hundió al mundo en la maldad y en la sangre" (Ingenieros, 1992:91)

En los finales de este complejo proceso y a pesar de los virajes y oscilaciones conceptuales, Ingenieros no altera en ningún momento el papel protagónico que le reconoce a las minorías portadoras del conocimiento. En toda su obra, les otorga un lugar rector que tan equidistante de la masa, como del poder político y económico tiene como misión dirigir el cambio y morigerar las desviaciones del 'recto' desarrollo del progreso. "La variación social es obra activa de minorías pensantes.[...] Todo progreso histórico ha sido y será obra de minorías revolucionarias que reemplazan a otras minorías, ante la inercia pasiva de los demás, obedientes por igual a cualquiera de los vencedores." (Ingenieros, 1979g:458)

Lo comentado hasta aquí, no pretendió sino, poner de manifiesto el desplazamiento conceptual de Ingenieros en lo que nosotros creemos son los términos de una tensión entre ciencia y ética característica del discurso positivista. Desde luego, que este intento exploratorio deja sin abordar, sobre todo en esta última etapa una dimensión muy importante del pensamiento del autor como es el de sus apreciaciones en torno al (anti) imperialismo. Sin embargo y a pesar de lo provisorias de nuestras reflexiones, nos resta ahora formular algunas consideraciones conclusivas.

5. La pendulación de Ingenieros. A modo de conclusión.

El costado más atractivo de la lectura de Ingenieros es la existencia no problematizada – reiteramos- de un andamiaje científicista duro junto con otro más laxo y abierto al reconocimiento de una especificidad de lo ético. Lo que observamos es que a la férrea rigidez de su determinismo se yuxtapone la flexibilidad de la voluntad práctica: "toda personalidad, grande o pequeña, posee principios que orientan su acción; sólo puede sentirse libre la que es capaz de seguirlos, sobreponiéndose a cuantas contingencias intenten desviarlo. [...] rebelarse es afirmar un nuevo ideal [porque] el espíritu de rebeldía emancipa de los imperativos dogmáticos [y] la rebeldía intelectual es eterna y creadora." (Ingenieros, 1992:32-34 / 60-65) Si bien es verdad que en la humanidad operan fuerzas ciegas, impredecibles e indómitas también es cierto que Ingenieros reconoce junto a ella "la búsqueda de un deseo de perfectibilidad que mueve a los hombres y a las razas [...] el deseo de ser incesantemente mejores y de aumentar la dignidad de cada uno y la solidaridad entre todos." (Ingenieros, 1961c:12-13)

Una vasta red conceptual –que apenas hemos intentado reconstruir aquí—manifiesta este peculiar costado del pensamiento de nuestro autor. Nosotros consideramos que a lo largo de sus escritos, el desenvolvimiento de esta tensión entre un substrato gnoseológico (ser) y un substrato deontológico (deber ser) es el responsable desde el interior de la propia lógica del discurso de gran parte de ese juego de variaciones conceptuales. De ahí, que consideremos más allá de los significantes concretos utilizados, que Ingenieros pendula en sus categorías entre estos polos que no ofrecen una conciliación más que en el devenir de la propia verba. Esta visión queda en parte respaldada si rastreamos dos núcleos conceptuales que se encuentran en la gran mayoría de sus textos: por un lado la noción de parasitismo y por el otro el concepto de ideal. El primer caso encuentra una utilización manifiesta en su período de juventud con una retraducción posterior que luego retoma o en su etapa final. Lo mismo sucede con la noción de ideal. En uno y en otro caso, en el período de mayor preeminencia del determinismo biológico, las nociones son revisadas o reformuladas pero siempre dentro de los marcos de esa tensión.

Por otra parte, tampoco podemos dejar de reconocer, que para Ingenieros no existe desarreglo alguno entre los dos frentes de su doctrina, determinismo y libertad, dado que a posteriori se conocerían siempre las razones condicionantes de cualquier acto, en cuanto reflejo de un fenómeno natural. No obstante lo que su planteo deja sin resolver es el cambio de horizonte interpretativo al que obligan las acciones de la voluntad. Las leyes físicas y morales o las de la evolución natural e histórica se muestran insuficientes para dar cuentas sin reduccionismos de una dinámica de la decisión (voluntad) que tiene efectos morales y políticos bien concretos aunque disímiles de las que puede conceptualizar su sociología biologicista.

En el pensamiento de Ingenieros persiste una oposición entre toda conducta comprendida como una instancia más de la cadena causal y explicable en tanto correlato del mundo natural y la enunciación e impulso retórico otorgados a los "ideales" que requieren otro tipo de criterios. El fondo materialista que articula su discurso, lo arrastra primero a desconocer en parte la especificidad del fenómeno moral, para luego hacerlo ingresar al sistema sin mediaciones conceptuales propias. La extrapolación del esquema epistemológico de las ciencias naturales al ámbito práctico lo lleva a reconciliar –a nuestro juicio sólo verbalmente—una ciencia objetiva con una moral sin dogmas.

Estas características se ponen de manifiesto en el preciso momento en que Ingenieros habiendo reconocido que los ideales éticos constituyen la fuerza originaria de la acción moral y política, en una matriz no encuadrable dentro de la legalidad natural, los asimila sin más - con el objeto de darles un sustento científico-al registro de "hipótesis" de las ciencias naturales. En "*Principios de Psicología*" comenta: "Un ideal es una hipótesis: se forma como ella y como ella sirve. La imaginación, fundándose en la experiencia, elabora la creencia acerca de futuros perfeccionamientos: los ideales son el resultado más alto de la función natural de pensar". De allí, que el ideal opere como una anticipación cognitiva que a título de pronóstico expone el curso más probable de los hechos en la larga serie de

la evolución. En cierta forma, Ingenieros no puede ofrecer una explicación sobre los quehaceres de la voluntad que respete su especificidad. Su positivismo sólo reconoce como legítimo todo aquello cuanto refleja sin distorsiones subjetivas una realidad que en su transparencia objetiva se eleva como referente necesario de justificación como consecuencia de la necesidad superior a que responde su dinámica.

Las oscilaciones conceptuales de Ingenieros entre ciencia y ética, más allá si en un momento se apoyan en un costado cientificista o en uno eticista, conviven permanentemente bajo la égida de un papel central como el que es asignado a las minorías intelectuales. En un auténtico proyecto ortopédico a escala social, estos grupos imbuidos del conocimiento necesario deberían diagramar el conjunto de acciones y reformas que puedan encaminar a las masas y a la conciencia popular por el camino del progreso. Por esta razón, es lógico que el destinatario del texto de Ingenieros sea la juventud, dado que es en ella en la única que realmente se puede ejercitar el arte de prevenir y corregir las 'enfermedades'.

Para finalizar es necesario hacer una última reflexión. Con todo lo dicho hasta aquí y a pesar de ello, tampoco queremos montar una lectura que cierre las vetas de otras intenciones hermenéuticas. Ciertamente el último Ingenieros arroja –sobre todo en sus escritos sobre filosofía—un espacio de rescate analítico donde reconoce la importancia de considerar realidades no experienciales. Desde allí se despuntan los indicios de una crítica –al menos en sus núcleos más duros—hacia el positivismo bajo el cual mucho se cobijó. Quizás las causas de esta relativización tengan alguna relación con las insuficiencias del mismo para dar cuenta específicamente del mundo práctico. No podemos ser categóricos, pero lo cierto es que profundizar a cerca de estas cuestiones demandaría un estudio más exhaustivo que las reflexiones que aquí concluyen.

Notas:

(*) "La Sociología no tiene porqué tomar partido entre las grandes hipótesis que dividen a los metafísicos. No tiene porqué afirmar la libertad, ni tampoco el determinismo"

(1) El autor sostiene la filiación de Ingenieros al proyecto del '80 a partir de la congruencia ideológica que permitiría establecer su "positivismo spenceriano". En cierta forma esta perspectiva infravalora la posición del autor en los textos que refieren a la última década del siglo XIX en la que Ingenieros asiste, junto con muchos de su generación, contestariamente a los embates que vive ese mismo proyecto oligárquico.

(2) Esta denominación es acuñada por Terán (1986:30)

(3) Las tres pueden asociarse más generalmente como manifestaciones particulares de lo patológico. "la locura y la criminalidad son como notas agudas en la gama de la degeneración", en (Ingenieros, 1918:174)

(4) Con *racionalismo* nos referimos a la distinción necesaria que debe hacerse entre comportamiento e ideología. En consecuencia el racismo es un término que dejamos reservado para describir el comportamiento, mientras que el racionalismo lo aplicamos para analizar las doctrinas. El racismo es un comportamiento que viene de antiguo y cuya extensión probablemente es universal; el racionalismo en cambio es un movimiento de ideas nacido en Europa occidental, y cuyo período más importante va desde mediados del siglo XVIII hasta mediados del XX. Para una precisión conceptual mayor ver. Todorov (1991, 2º parte).

Bibliografía:

- (1975) Agosti, H. *"Ingenieros, ciudadano de la juventud"*, Buenos Aires, Juarez Editor.
- (1985) Biagini, H. (comp.) *"El movimiento positivista argentino"*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- (1985) Damis, J. L. *"José Ingenieros (1877-1925)"* en Biagini, H. (comp.) *"El movimiento positivista argentino"*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- (1990) Dotti, J. *"Las vetas del texto. Una lectura filosófica de Alberdi, los positivistas y Juan B. Justo"*, Buenos Aires, Pontosur.
- (1990) Habermas, J. *"Conocimiento e Interés"*, Madrid, Taurus.
- (1897) Ingenieros, J. *"Socialismo y revolución"* en *La Montaña*, Buenos Aires, núm. 7, 1º de julio.
- (1911) Ingenieros, J. *"Principios de psicología"*, Buenos Aires.
- (1913) Ingenieros, J. *"Criminología"*, Madrid, Daniel Jorro.
- (1918) Ingenieros, J. *"Simulación de la locura"*, Buenos Aires, L. J. Rosso.

- (1923) Ingenieros, J. "*Emilio Boutroux y la filosofía universitaria francesa*", Buenos Aires, Coop. Editorial.
- (1961a) Ingenieros, J. "*La personalidad intelectual de José María Ramos Mejía*", en *Obras Completas*, Mar Océano, t. 6.
- (1961b) Ingenieros, J. "*La psicopatología en el arte*", en *Obras Completas*, Buenos Aires, Mar Océano. t1.
- (1961c) Ingenieros, J. "*Hacia moral sin dogmas*", en *Obras Completas op. cit.* t 7
- (1979a) Ingenieros, J. "*¿Qué es el socialismo?*" en "*Antiimperialismo y Nación*", Antología a cargo de Oscar Terán, México, Siglo XXI.
- (1979b) Ingenieros, J. "*De la barbarie al capitalismo*" en "*Antiimperialismo y nación*", Antología a cargo de Oscar Terán, México, Siglo XXI.
- (1979c) Ingenieros, J. "La mentira patriótica. El militarismo y la guerra", conferencia dictada el 12/02/1898 en el Centro Socialista Obrero, en "*Antiimperialismo y nación*", Antología a cargo de Oscar Terán, México, Siglo XXI.
- (1979d) Ingenieros, J. "*Las multitudes argentinas*", en "*Antiimperialismo y nación*", Antología a cargo de Oscar Terán, México, Siglo XXI.
- (1979e) Ingenieros, J. "*El hombre mediocre*", en "*Antiimperialismo y nación*", Antología a cargo de Oscar Terán, México, Siglo XXI.
- (1979f) Ingenieros, J. "*Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*", en "*Antiimperialismo y nación*", Antología a cargo de Oscar Terán, México, Siglo XXI.
- (1979g) Ingenieros, J. "*Historia, Progreso y Porvenir*", en "*Antiimperialismo y nación*", Antología a cargo de Oscar Terán, México, Siglo XXI.
- (1992) Ingenieros, J. "*Las fuerzas morales*", Buenos Aires, Ed. Porteñas.
- (1979) Soler, R. "*El positivismo argentino*", México, Universidad Autónoma de México.
- (1979) Terán, O. "*José Ingenieros o la voluntad de saber*" en "*Antiimperialismo y nación*", Antología a cargo de Oscar Terán, México, Siglo XXI.
- (1986) Terán, O. "*Pensar la Nación. Antología de textos de José Ingenieros*", Buenos Aires, Alianza.
- (1986) Terán, O. "*Positivism y Nación*", Buenos Aires, Pontosur.
- (1991) Todorov T. "*Nosotros y los otros*", México, Siglo XXI.
- (1985) Vezzetti, H. "*La locura en la Argentina*", Buenos Aires, Paidós.